

DECIR AQUELLO QUE APENAS PUEDE SER DICHO

LOS REGRESOS JUAN VICO

Galaxia Gutenberg.
152 páginas. 18 €
Ebook: 11,99 €



Hace poquísimos días, apenas la semana pasada, comenzó a circular por las librerías españolas una nueva traducción de los *Cantos órficos*, el único libro que publicara el poeta italiano Dino Campana (Marradi, 1885-Scandacci, 1932), de nombre divertido y vida trágica, y que, más maldito que genial, anduvo marcado desde niño por el desequilibrio mental, el rechazo cósmico (y, por extensión, el familiar) y la mala suerte.

Aunque creo que no hay efeméride alguna que lo explique, esta nueva versión, que han llevado a cabo Andrés Catalán y María Bastianes para la editorial Visor, coincide curiosamente, y de forma muy oportuna, con la aparición de *Los regresos*, una breve novela en la que Juan Vico (Badalona, 1975) esboza, de una manera documentada y especulativa a la vez (es decir, de forma literaria), la peripecia vital del poeta, protagonista de unos años que, ciertamente, dan para muchas narraciones y muchas conjeturas.

Desde el sabor de su título (no sólo precioso sino muy atinado) hasta la última palabra del texto, pasando por la inclusión de imágenes (no muchas, pues la iconografía que ha quedado del poeta es bien exigua) o el tono poético aplicado, esta novela está escrita a la francesa, lo cual, dicho por mí, no es precisamente un elogio. Pero por ello me apresuro a aclarar que no lo digo pensando en los perezosos *biopics* de los muy sobrelorados Jean Echenoz o Éric Vuillard, sino más bien en el nervio pedante pero brillante con que Sylvain Tesson abordó a Arthur Rimbaud, o la calmada sabiduría que Christian Bobin dedicó a San Francisco de Asís, a Emily Dickinson o a Antonin Artaud.

Es decir: son novelas breves y algo aceleradas en las que se ofrecen con sencillez los datos o se muestran de forma vívida los hechos, y donde queda claro lo mucho que no se sabe, pero a la vez se completa o se compensa con una imaginación bastante contenida, con una invención cautelosa: obviamente no se sabe que tal día Campana se comió unos *papardelle*, pero, como perfectamente pudo haber sido así, se afirma sin problema, confiando en que el lector entienda que ese dato es conjetural porque eso es algo irrelevante para la Historia pero no para la novela, que también exige ciertos detalles, no relacionados con el rigor sino con la

verosimilitud, la recreación, el «dibujo» que se pretende elaborar. La conocida habilidad narrativa de Vico resuelve con nota alta el propósito, y la novela, estupidamente escrita, tiene ritmo, tiene gracia, tiene sagacidad, tiene malicia y tiene compasión. Y, como el propio autor ha publicado buenos libros de poemas, aquí y allá siembra a voleo su texto de pequeños sintagmas refulgentes: «el tiempo es un caricato que nada respeta», «la malla del mundo se reconfigura sin cesar», «el verso libre de las olas»...

En cuanto al melancólico y violento biografiado, tras sus ávidas lecturas de juventud y antes de sus dramáticas circunstancias editoriales (que no llegan hasta alcanzar el último tercio del libro, y que no quiero destripar aquí, aunque andarán más o menos aludidos o implicados Carducci, Pascoli, Marinetti o, muy decisivamente, Papini), sucede que «Dino es perseguido por el hombre que los demás quieren que sea mientras camina en busca de ese otro que nunca llegará a ser». Es un buen resumen de sus tribulaciones, que además atempera esa extrema e instintiva simpatía que nos produce siempre un personaje que, de repente, desea ir a un sitio y, por lejano que esté, se echa sin más a caminar.

Es lo que claramente y sin excusas deberíamos hacer todos, pero, a falta de decisión, los libros son uno de los mejores sucedáneos de la aventura (es decir, de la vida), que conocemos. Y éste es uno muy recomendable. ■

Por Juan Marqués

Esta novela sobre el poeta italiano Dino Campana tiene ritmo, gracia, sagacidad, malicia y compasión

NUEVO EPISODIO DE UNA NOVELA EN MARCHA

LA JOVEN ARTISTA VALÉRIE MRÉJEN

Trad. de Vanesa García Cazorla. Periférica.
144 páginas. 17 €
Ebook: 11,99 €



Valérie Mréjen (París, 1969) entró en la literatura con *Mi abuelo* (Periférica, 2007), una memoria familiar que descubría a una escritora con gracia y talento para retratar a los excéntricos miembros de su familia y convertirlos en personajes de tragicomedia. A esa primera pieza se han ido añadiendo otras –*El agrío*, *Selva negra* o *Tercera persona*, entre otras– para completar el puzzle que está construyendo, un poco sobre la marcha, y que tiene inspiración autobiográfica. Ahora se añade un nuevo elemento, *La joven artista*, donde Mréjen vuelve a sus años de estudiante de la Escuela de Artes en Cergy-Préfecture, cuando era una torpe y tímida, pero esforzada y decidida aprendiz de artista. Cuenta cómo se decidió por el video: la pieza de Martha Rosler *Semioticas de la cocina* le mostró que era fácil colocar un trípode. Y esa fue la primera dedicación de Mréjen: videoartista, disciplina que no ha abandonado, y a la que ha añadido no sólo la de escritora, también la de cineasta.

En *La joven artista*, Mréjen abre la ventana al pasado para mirarse acudiendo por primera vez a las pruebas de acceso para la escuela de arte y fracasando, acudiendo por segunda vez, ahora sí, con éxito. La joven artista es tímida, un poco torpe, se mueve como pez fuera del agua entre estudiantes de distinto tipo y pelaje, todos parecen saber que lo que importa es tener una personalidad marcada, ella es un poco inocente aún. Disfruta de los trayectos en cercanías, se traslada de barrio, de ambiente, y lleva todo eso de vuelta a la casa paterna, donde nadie comprende bien qué salidas tiene eso que estudia. Aquí está la entrada al mundo real, pero también la salida del confortable y limitante nido familiar.

Aparecen personajes y episodios de la órbita Mréjen (el padre, la mujer del padre, la muerte temprana de la madre), y también reconocemos sus marcas de estilo: cuando se pone ácida es divertida y certera, sin resultar cínica. La plegaría, inspirada en la de Jenny Holter en 1982 («protect me from what I want»), que escribe aquí es tan emocionante como ineficaz: sobre todo porque es la Mréjen adulta la que la hace, no la joven artista. Están también las referencias, los descubrimientos de lo que será su mundo artístico y de lo que será su mirada y hay una celebración del entusiasmo artístico y la entrada en el mundo adulto.

La joven artista puede parecer menor, y no tiene la fuerza de otros de los libros de la escritora, pero es una valiosa pieza de su novela en marcha. ■

Por Aloma Rodríguez

